

Lunes, 27 de enero de 2020

“Si crees, mi mano será firme contigo y mi brazo te hará fuerte”

2Sm 5,1-7.10 Tú apacentarás a mi pueblo.

Sal 88,20-26 He encontrado a David, mi servidor y le he ungido.

Mc 3,22-30 Si una casa está dividida, no podrá subsistir.

Desde los tiempos del rey David hasta nuestros días, la humanidad está necesitada de pastores que guíen al pueblo, pastores que vayan delante de las gentes, mostrando con su vida y con la palabra que Dios nos ama, que Dios nos espera, que Dios confía en cada uno de nosotros.

Como David, también nosotros, en nuestra pequeñez, estamos llamados a ser sus elegidos, a ser servidores de la Palabra. No importa nuestra pequeñez, lo poco valorados que estemos, Dios nos invita a ser testigos de su Amor. El Amor que vence a la muerte, el Amor que todo lo cree, todo lo espera, todo lo perdona.

¡Qué maravilla!, si cada uno de nosotros pudiéramos escuchar de parte de Dios: **He encontrado a mi servidor**. Sí, Dios ha derramado toda su gracia sobre cada uno de nosotros, para hacer de nosotros caudillos, pastores, mensajeros de su amor. Basta que tengamos fe, basta que creamos que su palabra, siempre se cumple; basta que nos pongamos y sintamos en sus manos, pues él siempre está a nuestro lado.

Un día vino un hombre con la esperanza en sus gestos, con la fuerza de su ser, con un corazón grandísimo. Un día viniste Tú. Vino Jesús y, junto con Él, tantos que han escuchado su Palabra, tantos que le han creído, que han obedecido sus palabras; y el mundo tuvo esperanza, los creyentes tuvimos fuerza, aprendimos lo que es ser compasivos y misericordiosos los unos con los otros, comprendimos el valor de la entrega y del servicio.

Vivamos unidos a Dios para poder vencer el mal con el bien.

Sábado, 1 de febrero de 2020

“Danos, Señor, un corazón que te busque y desee vivir contigo”

2Sm 12,1-7a.10-17 He pecado contra Dios.

Sal 50,12-17 No me rechaces lejos de tu rostro.

Mc 4,35-41 Señor, ¿no te importa que perezcamos?

También a nosotros nos ocurre como al rey David, que a veces creemos vivir con Dios, que caminamos a su lado; sin embargo, nuestros hechos, nuestra forma de vivir, dicen lo contrario; y criticamos y juzgamos en los demás lo que nosotros no hacemos ni pensamos. Vivimos ocultando nuestro pecado, nuestra debilidad, nuestra pobreza. Necesitamos que se nos recuerde que Dios conoce todas nuestras idas y venidas. Necesitamos ponernos ante él con sincero corazón, y pedirle que nos ayude a caminar según su voluntad.

Cuántas veces nos encontramos condenando las actitudes de otros, y nos mostramos inmisericordes. David también, engreído de que Dios estaba con él, mostraba con sus obras lo contrario. Su corazón anhelaba lo que no era suyo y no fue consciente hasta que el Señor se lo recordó por medio del profeta Natán.

Hoy tenemos la Palabra de Dios que nos guía, nos ilumina el camino y nos ofrece la verdad: ¡Caminemos a su luz! Escuchándola, meditándola, entrañándola; confrontando nuestra vida ante ella para ver si nuestras obras son y están conforme a la voluntad de Dios.

No pensemos que Dios duerme ajeno a lo que nos acontece. Dios vela, cuida, está presente siempre en nuestra vida. Es nuestra fe en él la que falla, la que tiene miedo, la que se acobarda ante las dificultades. Los afanes de la vida nos separan de Dios. Unas veces la rutina, otras los deseos, otras la ambición, el egoísmo, la vanagloria...

Enseguida nos metemos en faena, pero, ¿tenemos en cuenta el objetivo?

Nos acercamos a Jesús para hablarle o para escucharle.

Miércoles, 29 de enero de 2020

“Yo te he tomado del pastizal, para que seas mi hijo”

2Sm 7,4-17 Dios te edificará una casa, afirmará tu descendencia.

Sal 88,4-5.27-30 Le guardaré mi amor por siempre.

Mc 4,1-20 Lo sembrado en tierra buena, oye la palabra y da fruto.

¡Qué bueno!, poder ir descubriendo que Dios siempre va con nosotros allá donde quiera que vayamos. David quiere edificar una casa a Dios, pero la respuesta de Dios es que será él el que edificará la casa a su siervo.

Pretendemos encasillar a Dios en un lugar determinado y nos resistimos a que sea nuestro compañero de camino, que sea nuestro amigo, nuestro Dios. Nos pasa con el Sagrario: lo guardamos, lo dejamos encerradito, como si no necesitásemos que nos acompañe.

Dios quiere que cada uno de nosotros seamos sus pies, sus manos, su corazón. No quiere quedarse esperando a que vayamos a estar con él, no quiere quedarse solo en el Sagrario. Si lo hemos comido es para que viva en nosotros: que seamos Cristo. Por tanto, quiere amar en nosotros allá donde vayamos, amar lo que quiere amar en nosotros, acoger lo que él quiere y necesita acoger en nosotros.

No apartaré mi amor de ti, no tendré en cuenta tu pecado, tu miseria, tu pequeñez: Te guardaré mi amor por siempre.

¡Estamos salvados redimidos! Dios nos ama con locura, no nos deja de su mano. De nosotros depende caminar con Él gozando de su amor, de su amistad, de su ternura o ir solos por el camino de la vida, sintiéndonos zarandeados, aplastados muchas veces por los avatares propios de la vida.

Dios siembra en nosotros su palabra... Palabra de vida, palabra de amor. Si la escuchamos, si la acogemos, daremos frutos de vida, seremos junto a Él, sembradores de paz y de amor. Deja que Dios te haga fecundo, ¡ábrele tu corazón! Que esté en ti.

Jueves, 30 de enero de 2020

“Si Dios habita en tu casa, darás frutos de amor y misericordia”

2Sm 7,18-19.24-29 Dignate bendecir la casa de tu siervo.

Sal 131,1-14 El fruto de tu seno asentará en tu trono.

Mc 4,21-25 Con la medida que midáis, se os medirá.

David, ora al Dios que le ha ungido, que le ha escogido para ser caudillo de su pueblo, y pide para él y su pueblo la bendición de Dios, el poder escuchar sus palabras, el poder caminar siempre en su presencia.

Cuántos cristianos de hoy tenemos una fe hecha a nuestra medida, a nuestro gusto, cultural, sin verdaderas raíces. No ha habido un encuentro personal, gozoso... ¿En quién pongo mi fe, mi confianza?

Nos limitamos a ritos y cumplimientos, pero se nos escapa el gran don que Dios nos da de poder enamorarnos, de vivir en el amor: sentirnos tan amados que dejamos al Espíritu que nos haga dialogar con Él, escucharle, para hacer su voluntad.

La mirada del cristiano ha de ser la del enamorado, del que confía y se deja hacer; una mirada amplía, sin cortapisas, sin muros que la detengan; pues para Dios todos somos hijos, hermanos; todos somos importantes, prestos a servir, a compartir, a ofrecer nuestras vidas para que nadie quede fuera del amor de Dios.

Que nuestra vara de medir sea la de Dios: no juzga, no condena, simplemente ama. Si nos dejamos amar, no nos cansaremos de amar; si nos dejamos perdonar, no nos cansaremos de perdonar, de servir, de entregar nuestras vidas, para que los demás puedan vivir.

Hagamos como hizo Jesús, que acogió a todos: Justos y pecadores, que amo a todos: Buenos, malos y regulares; por todos dio su vida, para rescatar a los que en él confían, crean.

David quiso construir una casa a Dios, y Dios la quiere construir en ti. Pon tu ser: corazón, mente y espíritu, tu vida, en sus manos.

Viernes, 31 de enero de 2020

“¡No bajas la guardia!, deja que Dios te colme con su amor”

2Sm 11,1-4a.4c-10a.13-17 David dijo a Urías: baja a tu casa...

Sal 50,3-11 Tenme piedad, purifícame, pues mi delito reconozco.

Mc 4,26-34 El grano brota y crece sin que se sepa cómo.

David, elegido y ungido por Dios sigue siendo débil y pecador. Las apetencias, los deseos se adueñan de él, de modo que se apropia de la mujer de Urías.

Las tentaciones siempre están ahí. El problema está cuando nos apartamos del amor de Dios, que se bajan nuestras defensas. Cuando apartamos a Dios de nuestras vidas, de nuestras decisiones, vivimos como oveja sin pastor, y así nos va.

La esperanza, el consuelo, está en saber que Dios, no nos abandona, no nos deja solos, siempre está dispuesto al perdón.

La palabra de hoy nos invita a estar vigilantes, a no bajar la guardia, porque el mal siempre está acechando, para apartarnos de Dios poniéndonos otros deseos. Dejemos que el grano, la semilla, la Palabra de Dios vaya creciendo en nosotros: escuchándola, acogéndola, dejándonos amar y abrazar por Él.

Como descienden la lluvia y la nieve de los cielos, empapan la tierra y la hacen germinar, así será mi palabra (Is 55,10) La gracia, el amor, la Palabra de Dios, se nos da, para que en nuestros corazones brote el amor, el deseo de hacer la voluntad de Dios, y seamos esas luces que alumbran el camino de muchos que andan en tinieblas y la sal que da sabor a la vida.

A nosotros se nos anima a esforzarnos, a trabajar, pues es él el que hace crecer. Sírvete de las cosas del mundo, pero déjame a mi dar el fruto, para que puedas alegrarte conmigo: Hemos podido ayudar al que me necesitaba.

Que lo que nos mueva no sea el deber, sino el amor.

Martes, 28 de enero de 2020

“¡Canta y danza de júbilo!, porque tu Dios se goza en ti”

2Sm 6,12b-15.17-19 David danzaba ante Dios

Sal 23,7-10 Alzaos portones para que entre el Rey de la gloria.

Mc 3,31-35 Quien cumple la voluntad de Dios es mi familia.

Nuestra fe no es una fe de melancolías y tristezas, sino todo lo contrario, es la que nos llena el corazón de gozo y de alegría. El rey David, danza, canta, gira con todas sus fuerzas ante Dios, porque ha encontrado el gran tesoro de su vida, porque se sabe amigo de Dios y ese conocimiento arranca de sus entrañas, montañas de alegría y felicidad.

Así es nuestro Dios, un pozo sin fondo donde podemos colmar nuestras pobres vidas, de amor, de cercanía, de ternura, de felicidad. Dios quiere que nuestros corazones se levanten por encima de nuestra pobreza, para que pueda entrar él y colmarnos de gracia y de bendiciones: **vedle que se para, mira por la ventana, atisba por las rejas y nos dice: levántate, amada mía y vente. Déjame oír tu voz, porque tu voz es dulce, y gracioso tu semblante.**

Descubrirnos tan amados por Dios, tan añorados cuando nos hemos alejado de él, arranca del corazón la mayor de las alegrías. Estar, gozar de su presencia, escuchar su voz, dejarnos amar, nos impulsa a querer ser aquello para lo que hemos sido pensados y creados: AMOR, amor para todos los que nos rodean, amor que, amando, engendra más amor.

La voluntad de Dios es que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad; que todos los hombres nos sintamos hijos, que todos busquemos hacer el bien, el querernos, respetarnos, creando fraternidades de amor. Y nosotros, amigos de Jesús, sus seguidores, estamos llamados a hacer lo que él hizo y gozar, como él, del gozo de la presencia del Padre.

Domingo, 2 de febrero de 2020 **“La Presentación del Señor”**

“¡Dios te ama, vive feliz y agradecido!”

MI 3,1-4 Yo envío a mi mensajero delante de mí.

Sal 23,7-10 ¿Quién es ese Rey de Gloria? Yahveh el fuerte.

Hb 2,14-18 Habiendo sido probado, puede ayudarnos.

Lc 2,22-40 Han visto mis ojos tu salvación.

¡Qué hermosos son los pies del mensajero, que anuncia la Buena Noticia de que Dios nos ama! Dios tiene puesta su mirada en los hombres y viene y se encarna en nuestra misma carne, para vivir los mismos gozos y sufrimientos que nosotros.

Los hombres, sin darnos cuenta, estamos siempre en espera: Esperamos que mejore nuestra vida, que mejoren nuestros trabajos, que mejoren nuestras relaciones de familia, de comunidad, de sociedad; y como Simeón esperamos la salvación, esa luz que va delante de nosotros marcándonos el camino, enseñándonos a vivir, a valorar nuestras vidas y las vidas de los demás. Quien tiene razones para esperar, ¿no las va a tener para estar alegre?

¡Qué bueno!, poder comprender la grandeza del gesto que Dios tiene con sus hijos: se hace uno con nosotros, de nosotros, para que veamos como vive y siente Dios en su humanidad: nuestros padecimientos y nuestros gozos; nuestros miedos y alegrías. Se deja probar, para poder comprender nuestras angustias y prestarnos su mano para rescatarnos, para decirnos que no tengamos miedo, que estamos en sus manos, que es él el que nos ayuda y cuida de cada uno de nosotros. Carga sobre ti la necesidad de tu hermano y te alegrarás conmigo.

Seamos reflejo de la unidad en Cristo para ser palabra de aliento, de verdad. Si conocieras el amor de Dios, si te dieras cuenta de quién es el otro para ti... Si supieras quién te pide de beber...

Lo que a ese necesitado haces, me lo estás haciendo a mí.

Pautas de oración

“Mis ojos han visto al Salvador”



DIOCESIS DE ALCALA DE HENARES